

XI

A la mitad del camino de Papéuriri, en el distrito de Maara, Rarahu tuvo un momento de sorpresa y de admiración...

Habíamos encontrado una inmensa gruta, que se abría en la falda de la montaña como una puerta de iglesia, y que estaba llena de pajariños. Una colonia de golondrinitas grises había tapizado con sus nidos el interior de la roca; revoloteaban por centenares, un tanto sorprendidas de nuestra visita, y excitándose las unas á las otras con sus cánticos.

Para los tahitianos de otros tiempos, aquellos pequeños seres eran espíritus; las almas de sus antepasados; para Rarahu, no eran más que una numerosa familia de pájaros; sin embargo, para ella que no había visto jamás tantos juntos, tenía aquello algo de nuevo y de encantador, y hubiera continuado de muy buena gana extasiada, oyéndolos é imitándolos. Un país ideal para ella hubiera sido un país lleno de pájaros, cantando constantemente sobre las ramas...

XII

Un poco antes de llegar al distrito de Papéuriri encontramos en el camino á Téharo y Tia-

houi, que habían salido á esperarnos. La alegría al encontrarnos fué extremada y bulliciosa; las grandes manifestaciones entre amigos que se encuentran son muy características en los tahitianos.

Aquellos dos cariñosos salvajes estaban todavía en el primer cuarto de su luna de miel, cosa muy dulce en Oceanía, como en todas partes. Los dos eran muy agradables y muy hospitalarios, en la más cordial acepción de la palabra. Su choza estaba muy limpia y muy cuidada, y era clásica hasta en sus menores detalles. Allí nos tenían preparado un magnífico lecho cubierto de esterillas blancas y oculto tras de cortinas indígenas, formadas con la corteza interior, suave y bien trabajada del árbol del papel.

Se celebró mucho nuestra llegada á Papéuriri, y pasamos allí algunos días deliciosos. La noche era triste, y en medio de su oscuridad notaba yo, por más que se esforzasen en distraernos, lo solitario y lo salvaje de aquel rincón de la tierra. Cuando oía á lo lejos el lastimero son de las flautas de caña, ó el lúgubre quejido de las trompas de caracol, era cuando me daba cuenta de la espantosa distancia á que estaba de la patria, y un sentimiento desconocido me oprimía el corazón.

Tiahoui dió verdaderos y magníficos banquetes en nuestro honor, banquetes á los cua-

les invitaba á toda la vecindad, que lo era toda la aldea; los *menús* eran particulares: cochinitos asados, presentados enteros sobre la hierba, y exquisitas frutas de postre. Después, danzas y deliciosos coros de *himené*.

Yo había hecho el viaje en traje tahitiano, descalzo de pie y pierna, sin otras prendas que la blanca camisa y el *parco* nacional. Nada impedía, pues, que en ciertos momentos yo mismo me creyese uno de ellos, ó que deseara vivamente más de una vez que esto fuera una realidad y envidiase la tranquila dicha de nuestros amigos Tiahoui y Téharo; en aquel medio en que vivíamos, que era el suyo, Rarahú se encontraba más en carácter, más natural y más encantadora; la niña alegre y risueña del arroyo de Apiré reaparecía en toda su deliciosa ingenuidad. Por primera vez pensé entonces en que podía haber un extraño encanto en ir á vivir con ella, como dos recién casados, en algún distrito escondido, en alguna de las islas más lejanas y más ignoradas de los dominios de Pomaré; en ser olvidado de todos y morir para la sociedad; en conservarla allí tal y como yo la amaba, extraña y salvaje, con todo lo que existía en ella de sencillez y de ignorancia.

XIII

El año de 1872 fué una de las épocas más deliciosas y animadas de Papeete. Jamás se han conocido allí tantas fiestas, danzas y *amuramas*.

Los días se pasaban en una especie de vértigo. Cuando llegaba la noche, las tahitianas se engalanaban con vistosas flores y se reunían á los precipitados golpes del *tam-tam*, que les llamaba á la *upa-upa*; todas corrían presurosas con el pelo suelto y el torso apenas cubierto por una túnica de muselina, y las danzas locas y lascivas duraban á menudo hasta la mañana.

Pomaré se prestaba gustosa á aquellas saturnales del pasado, que cierto gobernador había tratado inútilmente de prohibir; estas saturnales entretenían á la princesita, cuya vida iba extinguiéndose poco á poco, á pesar de todo, cuanto se hacía por contener el terrible mal que la aquejaba, y todo recurso era bueno para distraerla.

El lugar en que más menudeaban estas fiestas, en las cuales se agitaban todas las mujeres de Papeete, era delante del arriate de palacio. La Reina y las princesas salían de su morada,

y á la luz de la luna, negligentemente tendidas sobre esterillas de junco, presenciaban estos espectáculos.

Las tahitianas batían palmas y acompañaban al *tum-tam* con un cántico á coro, rápido y frenético; cada pareja ejecutaba por turno una figura; el paso y la música, lentos al principio, se aceleraban bien pronto hasta el delirio; y cuando una bailarina falta de fuerzas se detenía bruscamente á un terrible golpe de tambor, se lanzaba otra en su lugar, que la aventajaba en impudor y en frenesí.

Las jóvenes de Pomotous formaban otros grupos más salvajes, y rivalizaban con las de Tahití. Adornadas con extravagantes coronas de datura, desgreñadas como locas, danzaban con un ritmo más precipitado y más extraño, pero de manera tan deliciosa, que entre los dos grupos, el de las tahitianas y el de las pomotous, no se sabía á cuál preferir.

Rarahu sentía verdadero apasionamiento por estos espectáculos que enardecían su sangre, pero no bailaba nunca. Se adornaba como las demás jóvenes, dejaba caer sobre los hombros su hermosa mata de pelo, se coronaba con flores muy raras, y luego, durante horas enteras, permanecía sentada á mi lado sobre las escaleras de palacio, encantada y silenciosa.

Nos íbamos de allí con la imaginación presa por la fiebre; entrábamos en nuestra cabaña,

como embriagados por aquel ruido y aquella agitación, y accesibles á toda suerte de extrañas sensaciones.

En aquellas noches, Rarahu parecía otra. La *upa-upa* despertaba en el fondo de su alma inculta, la voluptuosidad excitada por la fiebre, y la más extraña salvajería.

XIV

Rarahu usaba el traje de su país: las túnicas sueltas y sin ceñidor llamadas *tapa*. Las suyas, que eran largas y barrían el suelo, tenían una elegancia casi europea.

Sabía distinguir bien las formas antiguas de las de moda, en las mangas y en el talle; conocía lo que la sentaba bien y lo que la sentaba mal. Era ya una mujercita civilizada y coqueta.

De día llevaba un sombrero muy grande de paja blanca y fina de Tahití, que inclinaba sobre los ojos; y sobre el sombrero, que era plano como el de los marinos, colocaba una corona de hojas naturales ó de flores.

Estaba más blanca desde que vivía recogida haciendo la vida de las gentes civilizadas y sin los ligeros dibujos que tenía en la frente, dibu-

jos que eran objeto de la burla de John y adorados por mí; se hubiera dicho que pertenecía á la raza blanca. Sin embargo, en ciertos días se notaban en su epidermis colores tan extraños, que recordaban la raza *maorí*, hermana de los pieles rojas de América.

Para la sociedad de Papeete era indiscutiblemente la mujercita de Loti la más formal y juiciosa de las jóvenes del distrito; y en las *soirées* oficiales, la reina, al tenderme la mano, me decía siempre: «Loti, ¿cómo está Rarahu?»

En la calle llamaba la atención de cuantos la veían pasar, y los recién llegados a la colonia se informaban de su nombre; al verla quedaba uno encantado de lo expresivo de su mirada, de sus delicados contornos y hermosísimos cabellos.

Se había desarrollado mucho, y su talle, que era la perfección misma, estaba más formado y más redondo. Pero alrededor de sus ojos se formaba por instantes un círculo azulado; y una tosecita seca como la de los hijos de la Reina, agitaba de tiempo en tiempo su pecho. En el orden moral se verificaba una grande y rápida transformación en ella, y debo confesar que me costaba trabajo seguir la evolución de su inteligencia. Estaba lo suficientemente civilizada ya para estimar el que yo la llamase «mi queridita salvaje», para compren-

der que esto me encantaba y que ella no ganaría nada en copiar las maneras de las mujeres blancas.

Leía mucho en su Biblia y las sublimes promesas del Evangelio la sumían en agradables éxtasis; tenía momentos de ardorosa y mística fe, y su corazón estaba lleno de contradicciones, encontrándose en él los más opuestos sentimientos mezclados y confundidos; jamás se veía en ella dos días seguidos la misma criatura.

Tenía quince años apenas; sus nociones acerca de todas las cosas eran erróneas é infantiles; su extremada juventud prestaba un gran encanto á esta incoherencia de sus ideas y de sus concepciones.

¡Bien sabe Dios que, en mi limitada y débil fe, la dirigía cariñosamente hacia todo lo que me parecía bueno y honrado! ¡Bien sabe Dios que jamás una palabra ni una duda, de mi parte, vino á debilitar su ingenua confianza en la eternidad y la redención, y que por más que ella no fuese más que mi querida, yo la trataba como si hubiese sido mi mujer legítima!

Mi hermano John pasaba la mayor parte del tiempo á nuestro lado; algunos amigos europeos, del *Rendeer* ó del personal colonial francés, nos visitaban también á menudo en nuestra tranquila choza; se encontraban muy á gusto en nuestra casa... La mayor parte de

ellos no entendían el tahitiano; pero la suave y fresca vocecita de Rarahú y su infantil sonrisa encantaban á los que no comprendían su lenguaje; todos la querían y la consideraban como una personalidad aparte de los tahitianos, y con derecho á las mismas atenciones que las mujeres blancas y civilizadas...

XV

Hacia ya mucho tiempo que yo podía hablar con facilidad el *tahitiano de la playa*, que es al tahitiano puro, lo que el *negrito* es al francés, pero comenzaba ahora á expresarme con desembarazo empleando frases correctas y extraños giros de otros tiempos; así es que Pomaré gustaba de sostener largas conversaciones conmigo. Dos personas tan sólo podían comprenderme y auxiliarme en el estudio de aquella lengua llamada á desaparecer bien pronto; Rarahú y la Reina.

Durante nuestras largas partidas de *ecarté*, la reina me excitaba á hablar, llena de interés y encantada de verme aprender y estimar esta lengua que bien pronto dejará de hablarse.

Yo, á mi vez, encontraba un gran placer en

interrogarla acerca de las leyendas, costumbres y tradiciones del pasado. Hablaba lentamente y con voz baja y ronca, y yo escuchaba de sus labios extrañas historias de la antigüedad, de los tiempos misteriosos y olvidados, que los *moaris* llaman *la noche*.

La palabra *po*, en tahitiano, designa á un tiempo la noche, la oscuridad y las épocas legendarias á que, aun los más viejos, no se acuerdan haber alcanzado.

XVI

LEYENDA DE LAS POMOTOUS

RELATADA POR LA REINA POMARÉ

«Las islas *Pomotus* (islas de la noche ó islas sometidas), nombre que hemos cambiado en nuestros días á petición de sus jefes, por el de *Tuamotous* (islas remotas), abrigan aun en la actualidad, bien lo sabes tú, Loti, infelices canibales.

«Estas islas fueron las últimas que se poblaron de entre todas las de nuestros archipiélagos. Genios del agua las guardaban en otros tiempos y agitaban de tal manera el mar, gol-

peando las aguas con sus alas de *albatros*, que nadie se atrevía á aproximarse á ellas, hasta que por fin los genios fueron vencidos y destruidos por el dios Taaroa.

«Después de su derrota fué cuando los primeros *maoris* pudieron habitar las Pomotous.»

XVII

LEYENDA DE LAS LUNAS

«La leyenda oceánica refiere que en otro tiempo había cinco lunas en el cielo sobre el gran Océano. Todas estas lunas tenían fisonomía humana más pronunciada que la de la luna actual, y ejercían maléfica influencia sobre los primeros hombres que habitaron Tahiti; el que levantaba la cabeza para mirarlas era presa de extrañas locuras. El gran dios Taaroa se propuso vencerlas también como había vencido á los Genios del agua. Entonces ellas se agitaron; se las oía cantar reunidas en la inmensidad con grandes y terribles voces que se oían muy lejanas; sus mágicos cantares parecían alejarse en ciertos momentos para elevarse á otras regiones. Pero ante el poder de Taaroa

comenzaron á temblar, y, presa del vértigo, cayeron produciendo un espantoso ruido de trueno sobre el Océano que se abrió bullicioso para recibir las.

«Estas cinco lunas formaron al caer las islas de Bora-Bora, Emeo, Huahine, Raiatá y Toubouai-Manou.»

XVIII

El príncipe Tamatoa estaba sentado junto á mí, bajo la galería de palacio.—Ocurrió esto poco antes de las atroces escenas que obligaron á encerrarle de nuevo en la prisión de Taravao—tenía sobre sus rodillas á la pálida niña Pomaré V, á quien acariciaba suavemente con sus grandes y terribles manos. La vieja Reina los contemplaba á ambos con expresión de infinita ternura y con tristeza imposible de expresar.

La princesita estaba muy triste también; tenía en la mano un pájaro muerto, y, con los ojos llenos de lágrimas, contemplaba una jaula vacía.

Era un pájaro parlero, avecilla poco conocida en Tahiti, que la habían llevado de América, y que, como cosa rara allí, había causado su mayor alegría.

—«Loti — me decía — *el Almirante de los cabellos blancos* nos ha dicho que tu navío irá pronto á la tierra de California (*i te fenua California*). Cuando regreses de allá abajo, quiero que me traigas muchos, muchos pájaros. Una jaula muy llena de ellos; yo les daré libertad en los bosques de Fataoua, á fin de que cuando yo sea mayor haya en este país, como en los demás países, pájaros que canten...»

XIX

En la isla de Tahiti la vida está localizada á las inmediaciones del mar; los pueblecillos están diseminados á lo largo de las playas, y el centro desierto.

Las zonas interiores se encuentran inhabitadas y cubiertas por inmensos y espesos bosques. Estas regiones salvajes están cortadas por inaccesibles montañas, en donde reina un eterno silencio. En los valles extrañamente encajonados del centro, la naturaleza es sombría é imponente; grandes moles de basalto amenazan desplomarse sobre los bosques, y agudos picos se elevan en el aire; se está allí como al pie de fantásticas catedrales en cuyas veletas se enganchasen las nubes á su paso;

todas las nubecillas que los vientos alisios pasean por el inmenso mar son detenidas en su vuelo, amontonándose sobre aquellas murallas de basalto, para descender convertidas en rocío ó en aluviones que forman después arroyos y cascadas. Las lluvias y las negras y tibias brumas sostienen en las gargantas de estas montañas una vegetación de inalterable frescura, musgos desconocidos y asombrosos helechos.

En sentido inverso á las cascadas del bosque de Bolonia y del *Hyde-Park*, la cascada de Fataoua cae allá abajo, en los antípodas del viejo mundo, turbando con su grande y monótono ruido una naturaleza profundamente tranquila y silenciosa.

A unos mil metros de altura sobre la cabaña abandonada de Huamahine y de Tahaapairu, remontándose hasta la corriente del arroyo entre los bosques y las rocas, se llega á la cascada, célebre en Oceanía, que Tiahoui y Rarahu me habían hecho visitar tan á menudo en otro tiempo.

No habíamos vuelto allí desde nuestra instalación en Papeete, y realizamos una excursión en septiembre á aquellos lugares queridos, que formó época en nuestros recuerdos. Al pasar por cerca de ella, Rarahu quiso ver de nuevo la cabaña de sus pobres y viejos padres muertos; entró llevándome cogido de la mano, bajo

el techo ya desprendido de su antigua morada, y examinó en silencio los objetos que le eran tan familiares y que el tiempo y los hombres habían respetado.

Nada había sido trastornado en aquella cabaña cuya puerta permanecía abierta desde el día en que se llevaron el cadáver de Tahaa-pairu. Los cofres de madera permanecían aún allí con los groseros banquillos, las esteras, y la lámpara indígena colgada de la pared. Rarahu no se había llevado consigo más que la abultada y voluminosa Biblia de los dos ancianos.

Continuamos nuestro camino internándonos en el valle por estrechos y umbrosos senderos cubiertos de frondosas plantas; verdaderos caminos de bosques vírgenes, abiertos entre las rocas por el tiempo.

Al cabo de una hora de camino, oímos cerca de nosotros el ruido sordo y atronador de la caída de agua. Habíamos llegado al fondo de la garganta oscura en donde el arroyo de Fataoua, como anchísima y gruesa cinta de plata, se precipitaba de trescientos metros de altura en el vacío.

El fondo de la sima en que el arroyo se precipitaba era un verdadero encantamiento.

Extrañas vegetaciones parecían brillar en la oscuridad, empapadas por un diluvio perpetuo; á lo largo de las paredes, verticales y negras,

y adheridas á ellas, se veía una exuberante vegetación de lianas, helechos arborescentes y magníficos culantrillos. El agua de la cascada, pulverizada en su caída, llegaba abajo en lluvia torrencial, en masa desordenada y furiosa, reuniéndose en seguida, formando borbotones, en los estanques de roca viva, abiertos y pulimentados por la paciente mano de los siglos; transformándose después en arroyo, continuaba su camino por entre las rocas.

Una finísima lluvia caía como un velo sobre toda aquella naturaleza; en lo alto aparecían, el cielo, como entrevisto desde el fondo de un pozo y las cimas de las grandes montañas medio confundidas entre oscuras nubes.

Lo que sorprendía más que nada á Rarahu, era aquella eterna agitación en medio de tan tranquila soledad; un ruido inmenso y carencia absoluta de vida: tan solo la inerte materia siguiendo desde tiempos incalculables la impulsión que recibiera en los comienzos del mundo.

Tomamos á la izquierda por senderos de cabras, que subían formando zizás por la montaña.

Caminábamos bajo una espesa bóveda de follaje; árboles seculares mostraban á nuestro alrededor sus húmedos y verdosos troncos, relucientes como enormes pilastras de mármol. Las lianas se enroscaban por todas partes, y

los helechos arborescentes extendían sus grandes hojas, tan picadas, que parecían de encaje fino. Más arriba encontramos multitud de adelfas, verdaderos bosques de adelfas en flor. Las rosas de Bengala, de todos los colores, florecían allí con singular profusión y, en el suelo, entre el musgo, formaban caprichosa y aromática alfombra diminutas fresas silvestres. Se hubiera dicho que aquellos eran jardines encantados.

Rarahu no había ido jamás tan lejos, y experimentaba un vago terror á medida que nos íbamos internando en aquellos bosques. Los perezosos tahitianos no se aventuran jamás en el interior de su isla, que les es tan desconocida como el más lejano rincón del mundo. Apenas si los hombres visitan alguna vez aquellas soledades para coger plátanos silvestres ó cortar maderas preciosas.

Era todo aquello tan hermoso, que Rarahu lo contemplaba enajenada, loca de alegría. Se había hecho una corona de rosas, é iba dejando el traje á jirones entre las ramas. Lo que sobre todo nos encantó en aquel camino, fueron los helechos, tan abundantes, que por todas partes desplegaban sus inmensas hojas con un lujo de recortes y una frescura incomparables...

Continuamos todo el día subiendo hacia solitarias regiones, por las cuales no atravesaba

ningún sendero humano; ante nosotros se presentaban de cuando en cuando valles profundos y negras cortaduras; el aire era cada vez más fuerte, y vimos clara y distintamente grandes nubes que parecían dormir apoyadas en los *mornes* (1): las unas, por encima de nuestras cabezas; las otras, á nuestros pies.

XX

Por la tarde habíamos llegado casi á la zona central de la isla tahitiana; por debajo de nosotros se dibujaban en la transparencia del aire, volcánicas excavaciones: formidables arietes de basalto partían del cráter central, é iban, despidiendo chispas, á morir sobre las playas. Rodeaba todo esto el inmenso Océano azul; el horizonte se elevaba allí tanto, que por una común ilusión de óptica, toda aquella masa de agua producía á nuestra vista un extraño efecto cóncavo. La línea de los mares pasaba por encima de las más altas montañas; tan solo el Oroena, el gigante entre los gigantes de las montañas tahitianas, la dominaba con su

(1) Montañas redondas y aisladas cerca del mar, en América.—(N. del T.)

majestuosa y sombría cima. Todo alrededor de la isla, una cintura blanca y vaporosa se dibujaba sobre la llanura azul del Pacífico: el anillo de arrecifes, la línea de las eternas rompientes de coral.

A lo lejos aparecía el islote de Toubouainou y la isla de Moorea: sobre sus azulados picos se cernían nubecillas de inverosímiles colores que estaban como suspendidas en la inmensidad sin límites.

Desde tanta altura observábamos como si no perteneciéramos ya á la tierra, todos estos aspectos grandiosos de la naturaleza oceánica.

Todo aquello era tan admirablemente bello, que los dos permanecimos extasiados y sin pronunciar una palabra, sentados el uno al lado del otro sobre las piedras.

—Loti — preguntó Rarahu después de un gran rato de silencio, —¿cuáles son tus pensamientos? ¿En qué piensas? (*É Loti, e aha ta oé manao iti?*)

—En muchas cosas—la respondí yo—que tú no puedes comprender. Pienso, queridita amiga mía, en que sobre esos lejanos mares hay diseminados desconocidos archipiélagos; que estos archipiélagos están habitados por una raza misteriosa, destinada á desaparecer bien pronto; que tú eres un individuo de esa raza primitiva; que en lo más elevado de esas islas, lejos de toda criatura humana, y en la más

completa soledad, yo, que pertenezco al viejo mundo y que he nacido en la otra faz de la tierra, estoy aquí, á tu lado, y te amo.

¿Sabes, Rarahu? En una época muy lejana, antes de que los primeros hombres hubieran nacido, la terrible mano de Atua hizo brotar del mar esas montañas; la isla de Tahiti, parecida á un hierro candente, se elevó como una tempestad en medio de las llamas y del humo.

Las primeras lluvias que refrescaron la tierra después de esto, trazaron ese camino que el arroyo de Fataoua sigue por entre los montes desde entonces. Toda esta inmensa perspectiva que se presenta á tus ojos es eterna, y continuará siendo la misma en algunos centenares de siglos, cuando después de mucho tiempo haya desaparecido la raza de los *maoris* y no sea sino un lejano recuerdo en los libros del pasado.

—Una cosa no me explico, ¡oh Loti, mi bien amado! (*e Loti ta u here*)—dijo Rarahu:—es de qué manera llegaron hasta aquí los primeros *maoris*, puesto que aún en la actualidad carecen de navíos bastante resistentes para comunicarse con las islas situadas fuera de sus archipiélagos; cómo pudieron venir de ese país tan lejano en que, según la Biblia, fué creado el primer hombre. Nuestra raza difiere por completo de la tuya, y temo, digan lo que

quieran los misioneros, que vuestro Dios salvador no viniera al mundo por nosotros, y que no nos reconozca como hijos suyos.

.....
El sol, que iba bien pronto á elevarse sobre Europa en mañana de otoño, descendía rápidamente en nuestro cielo; proyectaba en aquellos momentos sus últimos y dorados rayos sobre el grandioso y gigantesco panorama que contemplábamos. Las grandes nubes que reposaban á nuestros pies sobre las gargantas de basalto, adquirirían extraordinarios y cobrizos colores; en el horizonte, la isla de Moorea parecía una hoguera inmensa. Poco después, todo este incendio se extinguía por la base; la noche tendía por todas partes su oscuro manto, rápidamente y sin crepúsculo, y la *Cruz del Sur*, y todas las demás estrellas australes se iluminaban en el profundo cielo.

—Loti—dijo Rarahu:—¿á qué altura será preciso subir para poder ver tu país?...

XXI

...Cuando la oscuridad lo hubo invadido todo, Rarahu, como era de presumir, tuvo miedo...

El silencio de aquella noche no se parecía á

nada de lo conocido por mí hasta entonces. Las rompientes, muy lejanas de nosotros aquella noche, no llevaban hasta nosotros su intenso murmullo, ni el más ligero ruido de las ramas, ni de las hojas de los árboles alteraba aquel silencio, que era profundísimo; la atmósfera estaba inmóvil. No se puede concebir silencio semejante más que en aquellas desiertas regiones en que ni aun existen pájaros...

Sin embargo había muchos árboles á nuestro alrededor, especialmente helechos, cuyas siluetas parecían centinelas encargados de custodiarnos; estábamos, ni más ni menos que si pasáramos la noche allá abajo en los bosques bien conocidos de Fataoua; pero desde allí veíamos por ciertos claros y á la pálida luz de las estrellas, la vertiginosa concavidad azulada del Océano y permanecíamos como embargados por lo sublime de aquel aislamiento y por la contemplación de la inmensidad.

Tahiti es uno de esos países raros, en los cuales se puede impunemente dormirse en los bosques sobre un lecho de hojas secas, con un simple *pareo* por abrigo. Bien pronto estábamos ambos en tal disposición, después de haber elegido un lugar descubierto en donde no fuera de temer sorpresa alguna por parte de los Toupapahous...

Hasta entonces estos sombríos rondadores de la noche, que frecuentan con preferencia los lugares habitados por seres humanos, no acostumbraban apenas á subir á las regiones casi vírgenes, como en la que nosotros estábamos acostados...

Permanecí mucho tiempo contemplando el cielo. Estrellas y más estrellas... millares de estrellas brillantes en la inmensa bóveda azul: todas las constelaciones invisibles de Europa, girando lentamente alrededor de la *Cruz del Sur*...

...Rarahu las contemplaba también en silencio; de cuando en cuando me miraba sonriendo, ó fijaba su vaga mirada en el vacío...

Las grandes nebulosas del hemisferio austral, brillaban como luces, como fósforo vivo, dejando entre sí espacios vacíos, grandes agujeros negros en donde no se veía la menor partícula de polvo cósmico, y que daban á la imaginación una idea apocalíptica y terrorífica de la inmensidad del vacío...

De pronto, y cuando más abstraídos estábamos en nuestra contemplación, vimos una terrible masa negra que descendía del Oroena y se dirigía lentamente hacia nosotros... Tenía formas extrañas, aspectos de cataclismo. En un instante nos envolvió en una oscuridad tan profunda, que cesamos de vernos. Una ráfaga de aire pasó por encima de nosotros cubriéndonos

de hojas y de ramas secas, al propio tiempo que una lluvia torrencial nos empapaba en agua helada...

A tientas pudimos encontrar el grueso tronco de un árbol, dentro del cual nos guarecimos apretándonos mucho el uno contra el otro; temblando de frío los dos, y llena de miedo Rarahu... Cuando aquel gran chubasco hubo pasado, amaneció el día llevándose por delante las nubes y los fantasmas. Alegres y sonrientes fuimos á secar nuestras ropas al sol, y después de un frugal desayuno tahitiano, comenzamos á descender...

XXII

...Al anochecer, llenos de fatiga y de hambre también, llegábamos al bajo de Fataoua, sin incidente alguno digno de mención...

Allí encontramos á dos hombres jóvenes y desconocidos para nosotros, que volvían de los bosques; vestían el *parco* nacional, ceñido y sujeto á la cintura; al pasar por la zona de las adelfas, se habían hecho grandes coronas semejantes á la de Rarahu, y llevaban sobre sus desnudas espaldas, colgando del extremo de largos bastones, la colecta de frutas y de flo-

res que habían hecho; magníficos frutos del árbol del pan y de plátanos manzanos.

Hicimos alto con ellos en una agradable y fresca hondónada, bajo bóveda de olorosos naranjos en flor.

La llama brotó bien pronto entre las manos, del frotamiento de dos ramas secas; se encendió un gran fuego, y las frutas, cocidas entre la hierba, constituyeron para nosotros una comida excelente, pues los desconocidos nos ofrecieron alegremente, y llenos de satisfacción, la mitad de ellas, según es costumbre en el país...

Rarahu había vuelto tan asombrada de esta expedición, como si regresara de un viaje á lejanos países.

Su inteligencia de niña había dado cabida á una multitud de concepciones nuevas, acerca de la inmensidad y de la formación de los mundos, sobre la dispersión de las razas y lo misterioso de sus destinos...

XXIII

...Eran en Papeete dos personajes elegantes Rarahu y su amiga Téourahi, las cuales daban el tono á las demás mujeres para ciertos colo-

res nuevos en las telas, ciertas flores ó ciertos peinados.

Iban generalmente con los pies descalzos las pobres niñas, y su lujo, que consistía más que nada en coronas de rosas naturales, era un lujo bien modesto. Pero el encanto de su juventud y la perfección y la gracia de sus talles, las permitían, aun con tan sencillos medios, aparecer elegantes y ser encantadoras.

Las gustaba pasear á menudo por el mar en una estrecha piragua de balancín, que gobernaban ellas mismas, y las llenaba de alegría el pasar á popa del *Rendeer*.

Cuando navegaban á la vela, su endeble embarcación acostada por el viento alisio, adquiría sorprendente velocidad, y entonces, ambas de pie, con la mirada animada y los cabellos flotando al aire, se deslizaban sobre el agua como visiones. Sabían, por hábiles flexiones de su cuerpo, mantener el equilibrio de aquella flecha que las transportaba con tanta velocidad, dejando tras sí una larga estela de blanca espuma...